

momento era la que iba a llevar al día siguiente al Calvario, la que se iban a repartir, codiciosos, los soldados: la túnica inconsútil y el amplio manto, si es que había vuelto a ponerle sobre sus hombros después de lavar los pies a sus discípulos. Y cuando en Troos, después de haber hablado durante toda la noche, procedió San Pablo a la fracción del pan, no podemos imaginarle entrando en la sacristía, buscando los ornamentos sagrados y colocándolos sobre su ropa de viaje. Es seguro que en estos primeros tiempos los sacerdotes no tenían vestidos especiales para decir la Misa. Los vestidos de celebrar eran los que llevaban en todo momento, tal vez con la única preocupación de presentarse ante el público con mayor decoro y limpieza o en la forma más elegante que exigía la Majestad de Dios. Esta preocupación va a crear, andando el tiempo, el traje de la ceremonia sacrificial.

Un sacerdote podía proceder de una familia humilde, podía ser un esclavo, como lo había sido el Papa San Calixto, que gobernó la Iglesia a principio del siglo III, pero en el momento en que subía al altar, para llevar la voz de todos los cristianos, tenía ya una categoría que debía manifestarse hasta en su parte exterior. Por eso no podía presentarse con el traje de las gentes humildes, sino vistiendo a la manera de las personas acomodadas. Todavía hacia el año 600, es decir, en tiempo de San Gregorio, el gran organizador de la liturgia, se miraba como una cosa absurda la prescripción de un uniforme especial para la celebración de la Misa, exigiéndose únicamente de los ministros del culto que para celebrar usasen un traje más decente que el que llevaban en la vida de sociedad y que lo reservasen para las ceremonias del templo. Con esos fines añadieron muy pronto algunos adornos llamativos, como cruces, símbolos litúrgicos o anchas franjas de lienzo que hubieran hecho poco práctico su uso en la calle. Y por eso, mientras el traje de sociedad evolucionaba, llevando a la

desaparición del hábito talar entre los hombres, en la Iglesia se conservaban las principales prendas del antiguo traje romano, adaptadas a las exigencias de las ceremonias sagradas y transformadas en un sentido hierático y convencional.

Pero si para llegar al hábito del monje influirá, sobre todo, el romano del pueblo y de la aldea, la indumentaria de los ministros del altar se inspirará especialmente en los vestidos que llevaba el patricio. Y de esta manera perdurará dentro del templo el traje de la Roma imperial, aunque en forma estilizada y con cambios impuestos por las necesidades del culto. En el amito, que envuelve la garganta, cubre la cabeza y cae por la espalda, sobrevive el *amicthus*, que abrigaba la parte superior del cuerpo. El alba, con su correspondiente cíngulo, es sencillamente la túnica antigua. Su nombre alude al color que hoy tiene; pero en los primeros tiempos no era necesariamente blanca. Lo que importaba, sobre todo, es que estuviese hecha de lino, y por eso se la llamaba *linea*. Un romano distinguido debía llevar también un *sudarium* o *mácula*, es decir, el pañuelo destinado a enjugar el sudor, a asear las manos o a limpiar la cara. Es el manipulo, llamado así porque se le llevaba en la mano o se le ocultaba entre la manga. La liturgia le conservó como adorno del brazo izquierdo; pero se necesitaba además otro lienzo para limpiar los vasos sagrados y la boca de los que iban a comulgar. El sacerdote y el diácono, cuando oficiaban en la Misa, le suspendían al cuello, y con las extremidades realizaban aquel oficio de purificación y limpieza. Por eso se le llamaba *orarium*, de la palabra latina *ora*, que significa borde, extremidad. Más tarde se destinó a estos usos otro pequeño lienzo, que recibió el nombre de purificador, y el *orarium* se convirtió en una prenda de adorno, recibiendo equivocadamente el nombre de estola, que era entre los romanos un vestido talar abierto por delante. Todavía en Oriente, según la rúbrica, cuando el sacerdote